

no ques fecha esta carta en el dicho lugar de Çurita quinze dias andados del mes de Diciembre era de mill e trescientos e noventa e tres años testigos que fueron presentes desto que dicho es Johan Ferrandez de Fenestrosa e Garcia lasso Carriello e diego Ferrandez de Medina e Velasco Sz alcalde e Alvar Fernandez e Frey Johan de Balbas e Johan Sanchez capellan de Doña Maria G.^a e Johan Gonçalez de Pedrosa e Garcia alfonso doncel. E yo Ferrand leniques el dicho escribano fice escribir esta carta e fui presente en todo lo sobre dicho con los dichos testigos e por mandado de las dichas Doña Maria e leonor Gonçalez en testimonio de verdad fice aqui este mio sino sig X no.

Madrid, 12 de Junio de 1896.

FRANCISCO SIMÓN Y NIETO,
Correspondiente.

VI.

LE ROYAUME D'ÉTRURIE (1801-1807), POR PAUL MARMOTTAN.

Un bibliófilo francés, M. Paul Marmottan, autor de varios escritos notables sobre asuntos principalmente de su país, tuvo, al pasar hace poco por esta corte, la bondad de ofrecermé un ejemplar de alguno de ellos, que no carece de interés para la historia de España.

Su título es el de *Le Royaume d'Étrurie*, y su contenido se refiere á la época en que Napoleón, por uno de los rasgos de su torcida política, esencialmente italiana, disolviendo Gobiernos de carácter teutónico para él, primer Cónsul de la República francesa, establecer monarquías de orden latino, creaba en 1807, y siendo ya Emperador, la unidad en aquella Península, cuyo régimen se apropiaba con el pomposo título de Rey de Italia. Era un despotismo, propio suyo también, el del César francés, ya que no del todo original por tener algo de romano, creando

ó sosteniendo soberanías nominalmente independientes pero sometidas á él, gobernadas, como estaban, por hermanos suyos, generales de sus ejércitos ó aliados que no habrían de rebelársele, al menos mientras le fuera esclava también su colosal fortuna.

Hé aquí cómo enuncia M. Marmottan el establecimiento del reino de Etruria. Dice en la *Introducción* de su trabajo: «Dueño segunda vez de Italia después de sus gloriosos triunfos de 1800 en Piamonte, que luego apoyará la marcha de Murat sobre los Estados del Papa, el primer Cónsul restablece el orden en Florencia operando allí una nueva revolución, menos en la forma de gobierno que en la dinastía.»

«El tratado de Lunéville, firmado el 9 de Febrero de 1801, destrona, en efecto, á Fernando III, último príncipe lorenés cuyos actos hacen echar de menos las virtudes de su padre Leopoldo, y llama para sucederle en Florencia, con el título de Rey, al hijo del duque de Parma, que va á ser despojado de sus posesiones al año siguiente, en Octubre de 1802.»

«El reino de Etruria (ese es el nombre que recibió entonces Toscana), durará seis años y cuatro meses (de Agosto de 1801 á Diciembre de 1807).»

Y como el nuevo Rey de Etruria, nieto de Felipe V, era un Borbón y estaba casado con la Infanta María Luisa, hija de Carlos IV de España, quien, como nadie ignora, tanto contribuyó á la creación de aquella soberanía para lustre de su familia, de ahí el que un asunto, al primer golpe de vista italo-austriaco ó lorenés, resulte eminentemente español, lo mismo en su origen que en sus consecuencias, que no tardaron en dejarse sentir por diversos conceptos y de pesar, con harto grave pesadumbre, en los destinos de nuestra patria.

En tal concepto, el libro de M. Marmottan no merece en rigor un informe académico por no haberse presentado á este Cuerpo literario con las formalidades de rúbrica, usuales en él ó impuestas por su propio Reglamento, pero sí una extensa noticia que, publicada en nuestro *Boletín*, lo dé á conocer á cuantos cultivan la ciencia histórica dentro y fuera de España.

Las diversas fases que presenta la historia de Italia, y particu-

laramente el Gran ducado de Toscana desde la invasión del ejército francés, puesto por el Directorio á las órdenes del general Buonaparte, hasta la paz de Lunéville que, según se ha dicho, sancionó la erección de la Toscana en reino, están perfectamente marcadas, con gran verdad y excelente criterio en el capítulo 1.º del libro del Sr. Marmottan.

Ya las he señalado yo también en la *Historia del reinado de Carlos IV*, que está saliendo á luz; pero dirigida la obra del escritor francés á la presentación de una monografía sobre ese importante asunto, ofrece una riqueza de pormenores y una serie de consideraciones que no caben en un tratado general, el mío, por ejemplo, en que aparece como accidente lo que en aquella resulta ser el fondo, la esencia toda del asunto á que se refiere. A mí, pues, de haberse publicado antes, me hubiera servido de gran auxilio para mi trabajo el de M. Marmottan.

Aun así, me atreveré á declarar que en ese mismo capítulo, como en el siguiente, se echa de menos una fuente de noticias que hubieran completado las interesantísimas que los dos contienen. D. José Nicolás de Azara, embajador de España en Roma, donde ejerció una gran influencia por su talento diplomático y sus conexiones con el Papa, los cardenales, sabios y artistas, con los ministros, sobre todo, residentes en la capital del orbe católico, y hasta con los generales franceses y el mismo Napoleón, que entretuvo con él una correspondencia seguida y extraordinariamente importante, nos dejó en sus Memorias un verdadero arsenal de datos que hubieran servido de mucho al autor del trabajo á cuya exposición se dirige esta ligera y sucinta noticia. Gran lástima es que no haya podido aprovecharlo tan activo y discreto investigador como M. Marmottan.

La estancia de los jóvenes soberanos de Etruria en Florencia no fué lo tranquila y feliz que debían esperar después de fiestas tan espléndidas como las celebradas en París en honor suyo, fiestas en que Talleyrand agotó los recursos de su perspicacia genial, de su gusto artístico y de sus instintos de antiguo aristócrata para obsequiar á los que, por monarcas y Borbones, eran plantas asaz exóticas en la capital de la revolucionaria Francia, donde nueve años antes se había decapitado al primero y más le-

gítimo y autorizado representante de aquella tan linajuda dinastía. Azara estaba allí como embajador hasta mimado por Napoleón, y sus cartas hubieran dado á Marmottan caudal copiosísimo para sus pintorescas descripciones de aquellas fiestas y de los juicios, propósitos y resoluciones, por fin, á que dió lugar la presencia en París de nuestros Infantes, los Reyes de Etruria.

La salud de D. Luis comenzó allí á resentirse; creció su padecimiento en el viaje á Florencia, y el estado precario del país que iba á gobernar, la ingerencia, no poco violenta á veces, de sus protectores los franceses en los asuntos políticos cuya resolución sólo á él incumbía, y cien otros obstáculos que fueron presentándosele acabaron con él en Mayo de 1803.

Y entonces principia la tan atropellada regencia de Maria Luisa, único sostén que queda en Etruria á D. Luis II, el Infante Carlos Luis, su hijo, niño que aún no había cumplido 5 años.

Si grandes habían sido los apuros del soberano difunto para entenderse con Murat y Clarke, mandones absolutos en representación del primer Cónsul, ¿cuáles no serían los pasados por Maria Luisa con los otros generales franceses que sucedieron á aquellos en la ocupación del país y con los diplomáticos Simeón y Beauharnais, particularmente desde que Napoleón, Emperador ya de los franceses, principió, como vulgarmente se dice, á torcerse para con ella y pensar en la Corona de Hierro y el Gobierno de toda Italia? La lucha, á la vez, de la política inglesa con la francesa, de intereses á tal punto encontrados, hacían tan difícil la conducta de la Regente que le habría sido imposible sostenerla si no fuera en buena sazón á prolongarla un poco la llegada de la división española de O'Farril, la que al año siguiente iría, reforzada con otras tropas, al Norte de Alemania con el marqués de la Romana, para en 1808 realizar la magnífica epopeya de su regreso á España al tener noticia del Dos de Mayo, de la exaltación de José Bonaparte al trono de San Fernando y de la nueva guerra Napoleónica.

M. Marmottan continúa recordando en los capítulos iv y v los sucesos de Etruria, hasta que, resuelto Napoleón á llevar á cabo todos sus planes de dominación en el Occidente de Europa, cele-

bra con España el tratado de Fontainebleau, en que se asignan al hijo de María Luisa la ciudad de Oporto y la provincia de Entre Duero y Miño, con el título de *Rey de la Lusitania Septentrional*, con que nunca llegó á revestirse. Aquel funesto tratado se celebró el 27 de Octubre de 1807, y en Enero del año siguiente se presentaban en Madrid madre é hijo para después seguir la triste suerte de toda la familia real de España, llevada por el tirano á Francia y luego á Italia.

Tal es, lacónica, pero torpemente también, reseñado el libro de M. Paul Marmottan, que, por mi parte, le he agradecido sobremanera, y que merece lo estudie concienzudamente todo español dedicado al ejercicio de la historia nacional, por la erudición que en él abunda, la exactitud de los sucesos que recuerda y lo recto de los juicios que esmaltan una obra, editada además é ilustrada hasta con lujo.

Madrid 28 de Junio de 1896.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

VII.

AUTÓGRAFO DEL HISTORIADOR ABEN ALKADHI EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Cumpliendo con el compromiso que contraje ante esta Real Academia de estudiar y dar á conocer los manuscritos árabes más importantes de la Colección oriental del Sr. Gayangos, adquirida para la misma por el Gobierno de S. M., me propongo hoy dar cuenta de un autógrafo importante y poco conocido.

En el tomo xxii de nuestro BOLETÍN (pág. 294), y con el epígrafe *Un escritor marroquí del siglo XVII importante para nuestra historia*, di á conocer con alguna extensión una obra del historiador *Abu Alabbas Ahmed ben Mohamad ben Ahmed ben Ali ben Abderrahman ben Abu Alafiya*, conocido generalmente por